

PRIMER CONGRESO DE

ACCION **R**EPUBLICANA **D**EMOCRATICA



LA REALIDAD ACTUAL DE ESPAÑA Y SU PROYECCIÓN EXTERIOR

Ponencia de política internacional



La finalidad de la presente ponencia responde ante todo a un deseo de ceñir lo más estrechamente posible la realidad actual de España y evitar que el nuevo Partido de Acción Republicana Democrática repita en sus comienzos los errores tantas veces cometidos por el exilio:

- proyectar toda acción con el pensamiento puesto en la España de 1936 sin tener suficientemente en cuenta el tiempo transcurrido y las modificaciones sufridas por el país ;
- Descuidar lamentablemente el estudio de la realidad nacional, limitándose a una crítica sólo negativa ;
- hacer proyectos para el futuro como si éste hubiera de ser un mero empalme con la situación legal interrumpida en 1939 por la victoria del ejército franquista.

Por ello, hablaremos aquí más del presente que del futuro, y más de la acción a emprender en lo inmediato que de la que pensamos realizar un día en España.

.....

La Política internacional de Franco.

Esta política que desde sus comienzos pretendió responder a una "voluntad de Imperio recobrada" según los señores Castiella y Arcilza, puede definirse, a la vista de los veinte años transcurridos, con tres palabras: duplicidad, subsistencia y mendicidad.

Duplicidad porque, si hemos de creer a los propios franquistas, ya en la época de la guerra mundial Franco no fué nunca un amigo leal para quienes lo habían colocado en el poder. A raíz de la victoria aliada - olvidando los años de actividad pro nazi, la división azul y el ofrecimiento de un millón de hombres para la defensa de Berlín - los franquistas consagraron sus afanes a demostrarle al mundo que todo aquello era poco menos que una sencilla farsa destinada a engañar a los alemanes en provecho de los aliados. Con todo cinismo declaraba el editorialista del diario oficial "Arriba", el 14 de Junio de 1952, que si bien Alemania había conseguido

del general Franco cosas de detalle, no había obtenido lo esencial: la promesa de una verdadera amistad. Conviene subrayar este hecho porque refleja una realidad profunda: Franco no ha sido nunca amigo leal de nadie, ni de Hitler cuando le colmaba de elogios, ni de Churchill cuando, en carta de fecha 8 de diciembre de 1944, le decía que a Inglaterra sólo le quedaba un pueblo en el continente al que volver los ojos: España. Tampoco es hoy amigo sincero de los Estados Unidos ni de Francia, pese a las declaraciones del Sr. Castiella, según quien ha llegado por fin la hora de "una verdadera amistad".

Lo cierto es que un gobierno no puede ser amigo verdadero si no goza de verdadera independencia y del respeto internacional. De éste más vale no hablar; aún están frescas en nuestras memorias las múltiples condenas internacionales pronunciadas contra el franquismo e incluso los incidentes de menor cuantía como las manifestaciones de Caracas en los días de la caída del dictador Pérez Gimenez, y la expulsión del embajador Logendio de La Habana a raíz de una reacción tan grotesca como inesperada en el representante de un país que cuenta con tantos siglos de historia diplomática. Estos hechos no hacen sino subrayar el profundo desprecio que inspira el franquismo en el mundo. En cuanto a la independencia nacional, huelga repetir que, desde 1939, la hemos tenido siempre hipotecada. Un triunfo alemán hubiera convertido a España en satélite del imperio nazi; el triunfo de los aliados ha llevado a Franco a autorizar la instalación de bases militares extranjeras en condiciones tales que, si surgiera un nuevo conflicto internacional, España se vería envuelta automáticamente en él y sería además, dado su enorme debilidad en todos los aspectos, uno de los primeros países sacrificados.

Franco, interesado tan sólo en conservar el poder, no ha tenido nunca en cuenta estos peligros. Mantenerse en el Pardo, aun a costa del bienestar, de la dignidad internacional y de la libertad del país, no podía llevarle más que a la práctica de una política de subsistencia y de mendicidad. De subsistencia porque la proyección exterior de su gobierno es una larga serie de afirmaciones desmentidas, una tras otra, con tal de ir salvando, no la soberanía ni el respeto del país, sino la permanencia de sus dirigentes en

el poder; de mendicidad porque, según veremos más lejos, la caótica administración franquista ha degradado hasta tal punto nuestra economía que hoy se halla España a la merced de la buena voluntad del extranjero y prácticamente convertida en una especie de Guatemala europeo.

La situación económica y social del régimen.

También de la situación económica cabe decir que refleja una política de subsistencia y de mendicidad. Dos millones de parados en la agricultura, cerca de doscientos mil en la industria, una productividad bajísima, una renta nacional cuyo reparto entraña una concepción feudal de la riqueza (en 1957 la distribución de la renta era ésta: el 51% para el 14% de la población, y el 49% para el 86% restante), un analfabetismo que alcanza al 17,3% de las gentes en edad de saber leer y escribir, un déficit de viviendas que hace que la sexta parte de la población española (exactamente 4.800.000 personas) tengan que vivir amontonadas en realquilados o en barracas según lo confiesan las propias autoridades oficiales, una maquinaria industrial cuya edad media alcanza en muchos casos los cincuenta años de edad porque los fondos públicos han sido dilapidados en empresas no rentables en vez de dedicarlos a la renovación del equipo existente, una agricultura dividida en minifundios y latifundios que reflejan una estructura agraria más digna de la Edad Media que de nuestra época. Añádase a esto la notoria insuficiencia de los salarios y el alza constante de los precios, y se tendrá un panorama fidedigno de la economía española y de la situación social de nuestro pueblo.

¿Cómo ha reaccionado España ante estos hechos? El pueblo, marchándose cuando puede al extranjero; el Gobierno mendigando dólares constantemente. Emigración y mendicidad son los signos típicos de una situación cuyas consecuencias aún no se ven claras, pero que pueden ser desastrosas el día de mañana para la política internacional de España. Sabemos que ésta ha sido siempre un país de emigración, pero sus emigrantes presentan hoy características muy distintas de las épocas pasadas; por ejemplo: mientras durante el período 1925/1935 emigraron 8.172 obreros calificados, entre 1946 y 1954 salieron de España 56.292 obreros también calificados. No tenemos espacio aquí para analizar las características estructurales de la emigración, pero podemos afirmar que, mientras emigraban antes sobre todo los trabajadores

no calificados o analfabetos, ahora emigran las gentes capacitadas. Esto, en un país insuficientemente desarrollado como es España, es sumamente grave porque obstaculizará mañana todo esfuerzo serio de industrialización del país. Harto sabido es que en un país insuficiente desarrollado, uno de los problemas más graves es el de la falta de mano de obra capacitada en los oficios industriales. De seguir esta sangría -y por ahora no hace más que incrementarse- España se encontrará el día de mañana con un enorme déficit de técnicos que le será muy difícil colmar, a menos que recurra al auxilio del extranjero.

Por parte del Gobierno, la política de mendicidad iniciada a raíz casi de terminarse el conflicto mundial obtuvo sus primeros éxitos con un donativo de 62 millones de dólares en 1950. Desde entonces no han cesado de acudir los dólares al gobierno franquista a cambio de garantías estratégicas cada vez más severas. Cabría pensar que esta ayuda contribuyó a enderezar la economía española. De hecho, hace poco menos de un año se hallaba el Estado al borde de la quiebra y, según lo reconocen los propios economistas madrileños, si Franco no hubiera aceptado las condiciones de la OEEC, España hubiera sido rayada del mundo económico internacional.

La explicación de este fenómeno es en el fondo sencilla: las misiones de la ONU en los países insuficientemente desarrollados han comprobado múltiples veces que toda ayuda exterior que no va acompañada de una reforma profunda de las estructuras económicas y sociales, no hace más que prolongar y agravar los problemas. En el caso de Franco, estas ayudas le han permitido ir subsistiendo sin tener que operar ninguna reforma verdadera en la economía. Ahora mismo puede comprobarse que, pese a las medidas tomadas de acuerdo con la OEEC, el último presupuesto aprobado no supone reducciones de las partidas improductivas sino más bien aumentos. Y es que el tocar esas partidas improductivas supone enfrentarse con intereses muy consolidados por el régimen. Franco ha preferido otra solución que, dada la estructura económica de España, puede disminuir aún más su independencia respecto de las demás potencias. Nos referimos a la última ley de inversiones promulgada por el gobierno y de acuerdo con la cual podrá penetrar libremente el capital extranjero en España, concediéndosele incluso una participación superior en determinados casos al 50 por ciento de las acciones de las empresas españolas.

Sabemos que España necesita la aportación de capital extranjero para fortalecer su economía, y que la penetración de este capital en un país no implica automáticamente su colonización económica cuando se halla en condiciones de absorberlo de una manera sana. Pero éste no es desgraciadamente el caso de España. Franco se ha negado hasta la fecha a realizar una reforma profunda de la economía. Para ello, le hubiera sido necesario enfrentarse con el problema agrario, con el del ejército, con el de la disminución de las partidas improductivas del presupuesto y, finalmente, con el problema de la renovación del equipo industrial. Nada o muy poco se ha hecho en este sentido, y ahora se espera que el capital extranjero venga, sumándose a las limosnas americanas, a resolvernos el problema. Ahora bien, o el capital extranjero afluye a cuentagotas, y entonces no se resolverá gran cosa, o afluye en grandes cantidades y, dada su procedencia limitada, correremos el riesgo de una colonización económica que, unida a la colonización estratégica, limitará cada vez más nuestra independencia nacional.

En efecto, si se analiza cuáles son las fuentes de capital, compruébase en seguida que sólo dos países pueden intervenir eficazmente en España: los Estados Unidos y la Alemania del Oeste. Esta porque su inflación de capitales la lleva a buscar zonas poco desarrolladas para colocarlos en buenas condiciones; Norteamérica porque la implantación de sucursales en España le supone una mano de obra barata, una competencia nula por parte de los españoles dada su baja productividad, y un mercado abierto que no deja de presentar cierto interés. En el caso concreto de la asociación con empresas españolas, en cuanto éstas tengan más de un cincuenta por ciento de las acciones en manos extranjeras, se encontrarán inevitablemente en la postura de industrias colonizadas económicamente.

Cabría pensar, naturalmente, en la aportación de otros países tales como Francia e Inglaterra. Pero estos países tienen, el uno su "Commonwealth" y el otro su "Communauté" que les ofrecen amplio campo para efectuar inversiones. En el caso concreto de Francia, ésta no podría invertir grandes capitales en España sin desatender gravemente los compromisos que la obligan con países tales como Túnez o Marruecos, o con territorios como el de Argelia que por sí solos necesitan incluso más de lo que puede aportarles la metrópoli.

Por ello, es de prever que las fuentes inversoras sean limitadas y tal vez reducidas a las dos que hemos citado. Naturalmente, las inversiones no dejarán de ir acompañadas de condiciones políticas muy precisas. Esta conjunción de inversiones y condiciones políticas es lo que denominamos "colonización económica" .

Cabe pensar ^{también} en la incorporación de España al Mercado Común. Desgraciadamente, en este aspecto se halla el país en situación de inferioridad patente. Su baja productividad industrial y agrícola le impide competir con nadie en los mercados europeos. Viene a sumarse a esto la existencia de un arancel anticuado y proteccionista, una política de cambio que no ha sido hasta ahora más que un instrumento de subsidio y gravamen y una política de inversiones que, por los resultados obtenidos gracias al INI, sólo puede calificarse de paranoica.

Estamos de acuerdo con las autoridades del Consejo Económico Sindical Nacional cuando afirman que "una política de inversiones sana debe orientarse de acuerdo con una política de desarrollo económico equilibrada". Pues bien, esto es precisamente lo que el gobierno franquista no ha hecho. Veamos las consecuencias.

Durante veinte años se ha vivido al día, manteniendo una política de avestruz, sin querer abordar ninguno de los problemas capitales de la nación. Esta política, unida a la persistencia de Franco en el poder, tenía que conducirnos fatalmente a alienar nuestra independencia nacional. Piénsese que, de no haber estado Franco al mando del gobierno después de acabada la guerra mundial, España hubiera podido recibir en condiciones honrosas la ayuda de la UNRRA primero, y más tarde la del Plan Marshall, y que hubiera podido además contar con créditos americanos de verdadera importancia, sin la humillante contrapartida de la cesión de bases en el territorio nacional. Baste citar como cifras que, mientras España recibía en 1950 sesenta y dos millones de dólares, Inglaterra había beneficiado ya de un préstamo norteamericano de 3.750 millones de dólares en 1946, o sea varias veces lo que ha recibido hasta la fecha España.

Repitamos que la instauración de un gobierno democrático al final de la guerra mundial nos hubiera permitido contar con una ayuda extranjera en condiciones sanas y satisfactorias, negociar acuerdos estratégicos con las po-

tencias occidentales sin alienar el país, y reformar la economía de modo tal que hoy nos halláramos en una situación de franca competencia en el mercado internacional y con la posibilidad de incorporarnos en un plazo prudencial al Mercado Común Europeo. La prolongación del régimen franquista no ha llevado exactamente al polo opuesto.

La realidad con que hemos de enfrentarnos.

Con esa realidad, y no con otra, nos hemos de enfrentar el día de mañana, y contando con ella tendremos que proyectar nuestra política internacional. Llegado ese día, si el destino le depara al partido de Acción Republicana Democrática la oportunidad de gobernar a España, tendrá que practicar una política económica muy severa para sacar al país del marasmo en que se halla y ponerlo en condiciones de jugar un papel de igual a igual con las demás potencias. Huelga decir que Acción Republicana Democrática, siendo un partido que ha de responder en la realidad al título que lleva, tratará de consolidar los lazos de España con las democracias occidentales y de reforzar, sin maquiavelismos de vía estrecha y desechando toda actitud de mendicidad o de chantaje, la verdadera amistad entablada ya en los duros caminos del exilio por todos nuestros compatriotas.

Entretanto, Acción Republicana Democrática, sin querer aventurar hipótesis sobre el porvenir de España y de Europa, tiene no obstante la ineludible obligación de formular principios que, por responder a una larga tradición democrática enraizada en el país, le corresponde reiterar y defender hoy en el exilio. Por ello,

Acción Republicana Democrática

Condena la utilización de España como peón de la actual guerra fría, así como la explotación de bases estratégicas cuya instalación no ha sido fruto de un voto emitido por una cámara libremente elegida por el país;

Reitera la amistad fraternal del pueblo español con las repúblicas latinoamericanas, su agradecimiento por la noble acogida que han reservado siempre a los emigrados españoles, y su esperanza de que en un futuro próximo pueda iniciarse dentro de un ámbito de auténtica democracia una estrecha y fructífera colaboración con aquellas repúblicas;

Reitera su especial afinidad y solidaridad con el pueblo portugués y con los demás países latinos de la Europa Occidental, particularmente Francia que no ha cesado nunca de acoger y proteger generosamente a los refugiados españoles ;

Expresa su esperanza de que en una futura integración de los países europeos dentro de una entidad política común, respetuosa de la autonomía interna y de las peculiaridades de cada nación, le corresponda a España desempeñar el papel a que es acreedora en virtud de su larga tradición histórica;

Expresa su decisión de intensificar, hoy en el exilio y mañana en España, su amistad con todas las fuerzas políticas y sociales democráticas del mundo, amigas del pueblo español y de la causa republicana, y de concluir con ellas pactos de ayuda y solidaridad según lo permitan y aconsejen las circunstancias.

Esta es, a nuestro juicio, la línea de conducta que debemos adoptar. Ahora bien, si queremos que esta conducta descansa hoy sobre bases reales y sólidas, y nos sea posible mañana enderezar la triste realidad nacional con que hemos de encontrarnos, será necesario que ajustemos nuestra táctica a una observación constante de la realidad nacional. Por ello, permitásenos terminar esta ponencia con una propuesta que responde a esta necesidad. Acción Republicana Democrática debe crear una Comisión de Estudios de la Realidad Española facilitándole los medios necesarios para el desarrollo de su labor. A partir de los estudios que esta Comisión realice con- vendrá establecer un vasto plan de reforma de todas las estructuras nacionales y, basándose en él, difundir propaganda en el interior y en el exterior. Dentro de España para que nuestros compatriotas vean en Acción Republicana Democrática la perspectiva de un futuro prometedor y se percaten de que este partido no es una mera prolongación de los partidos de la República sino algo vivo y nuevo, centrado en la actualidad. Fuera de España, para que los demás partidos vean la conveniencia de forjar planes análogos al nuestro -lo cual ojalá condujera a la elaboración de un plan común y de un Frente Democrático común- y para que las potencias occidentales adviertan que el exilio, con renovado vigor, es capaz de ofrecer soluciones positivas para el problema español.

Esto es lo que cabe exigir de un partido que ha sacado fuerzas de flaqueza y unión de la desunión anterior, y es también lo que España espera de todos nosotros.